

# ARCO DE TRIUNFO

¡Ya está levantado! Sublime sin igual. España y Filipinas lo han trazado con un magnífico abrazo de amor. Tendió su brazo la Madre generosa y volaron de su solar tres intrépidos aviones; extendió el suyo la hija, estremecida de júbilo, para enviar a su encuentro millares de corazones filipinos. No hay obra grande sin sacrificio, y heroicos los tuvo la nueva proeza de España.

Colosal era el diámetro del arco y en su construcción Estévez, Loriga y Gallarza prodigaron pericia, arrojo y amor. Testigos las rutas de Benghazi al Cairo, de Agra a Calcuta, de Hanoi a Macao, que contrastaron su voluntad de acero. Pero la magnitud de la epopeya costó aún mayores sacrificios. Cruel para Estévez y su compañero Calvo fue el desierto de la Siria; una semana de extenuación y agonía les puso a punto de perecer, deteniéndoles para siempre en la empresa. Tocáronle luego a Loriga cinco días de incomunicación después de su salida de Hanoi y el destrozo de su aparato en Timpak. Cada infortunio repercutía en Filipinas con penosísima ansiedad y con temores angustiosos. Finalmente, Gallarza, después de reparar su desastre de Macao, fue a quien cupo la feliz ventura de traer en su aeroplano "Legazpi" a Loriga, colocando ambos el último sillar del excelso monumento de España en Filipinas. El Arco de triunfo estaba levantado. Por más de dos semanas ardió el pueblo filipino en fiestas y regocijo. Fue un ideal

puro y resplandeciente. Es verdad que la visita de los ases hispanos marcó un paso gigantesco en la ciencia y un soberbio alarde de arrojo, como lo proclamaron el dictamen de los sabios y el aplauso del mundo entero; pero lo que mayor simpatía y sorpresa arrancó de todos fue la aspiración sublime, limpia de toda ambición material, que a su servicio había puesto ese

(Cultura Social, Junio 1926).  
caudal de saber, experiencia y energías: el amor de la Madre que ofrendó a su hija los más preciados valores que atesora, sin más interés que recordarle su cariño.

Para los católicos filipinos deja este vuelo un camino de estrellas en nuestro firmamento. Cuando en nuestra Iglesia Catedral de Manila contemplábamos a los audaces aeronautas de rodillas dando gracias al Todopoderoso, nos imaginábamos divisar la imagen del divino Redentor que, desde el Cerro

de los Angeles, en Madrid, hacía llegar hasta estas playas la luz de su mirada y la bendición de su diestra. Parecíanos que, señalando a aquellos héroes, nos advertía que no es menester abdicar de las creencias católicas para realizar las hazañas que encumbran a las naciones, y que la misma España que nos había enviado las carabelas de Magallanes, Elcano y Legazpi para alzar en estos mares el más alto pedestal de la Cruz y de la civilización, lejos del volverle las espaldas, allí en aquel lugar, en la persona de su Rey y gobierno, oficialmente se había consagrado a su deífico Corazón, y más tarde se había postrado a los pies de su Vicario, el Romano Pontífice.

Un vate castelano acaba de cantar el vuelo del *Plus Ultra*. Nuestros corazones laten en este momento al unísono de su estrofa final:

"Grabad en el arco de triunfo los nombres de los paladines que hicieron la hazaña, su eterna memoria conserven los hombres, . . . . .; pero reservad un puesto en la clave del arco, y grabad allí JESUCRISTO con letras de luz; el nombre del Rey de la paz, el que con los brazos de la Santa Cruz tendió el primer arco de nuestra hermandad."

José M. SIGUIÓN, S. J.

(Cultura Social, Junio 1926).